

# **Estados Unidos: La pobreza posmoderna y el comienzo de la historia**

**Ricardo Cicerchia**

**The Dispossessed: America's Underclasses from the Civil War to the Present**

Jacqueline Jones  
Basic Books, 1992

---

**Ricardo Cicerchia:** Historiador argentino. Licenciado en la Facultad Latinoamericana de ciencias Sociales (FLACSO-Buenos Aires); candidato doctoral en Historia Latinoamericana en la Universidad de Columbia (Nueva York).

---

Cerca de cumplirse los seis meses de la insurrección de Los Angeles, a 3.000 millas de distancia del escenario, un grupo de adolescentes negros establecía en un conjunto de murales su propia interpretación de la historia de Rodney King. En un predio de edificios abandonados de Dorchester en Boston, una serie de paneles con figuras egipcias multicolores reproducía las escenas que desataron la respuesta popular más violenta en décadas en Estados Unidos. Los jóvenes artistas, cuya tarea del verano consistía en «limpiar» los grafitis del vecindario, decidieron contar a su manera lo que ellos denominaron «parte de nuestra historia». En total 56 bastones policiales, uno por cada golpe que una videocámara pudo captar, y un jurado con 10 miembros blancos de un total de doce, fue de lo menos simbólico de la obra. Tal vez por esto mismo, el impacto fue mucho más político que artístico.

Con pocos días de diferencia, el Consejo de la Universidad de California aprobó por unanimidad el otorgamiento de becas exclusivas para identificados como «very poor American Caucasian». En apariencia, la teoría de las dos naciones sigue funcionando con toda su eficacia de este lado del Río Grande<sup>1</sup>. Todo indica que se trata de la confirmación de las profecías de Tocqueville: conflicto racial convertirá en pesadilla el sueño americano. No hace mucho, en 1944, el recordado Gunnar Myrdal denunciaba en *Un Dilema Americano* la peligrosa brecha que separaba a

---

<sup>1</sup> Teoría recientemente reivindicada por Andrew Hacker en su *Two Nations: Black and White, Separate, Hostile, Unequal*. Scribner, 1992.

blancos y negros; bastaba observar la volátil situación en las grandes ciudades, en particular las del noreste norteamericano<sup>2</sup>.

Todas las explicaciones, al menos las más visibles, han sido de un modo u otro de tono moral. El «problema negro» se reduce con frecuencia, a ambos lados de la tensión, al incumplimiento de una responsabilidad ética, y a la «irremediable degradación» consecuente. Sin embargo, una mirada más atenta nos conduce hacia las desventuras de un sistema que aún no ha resuelto la integración social de los pobres, y que sigue empeñado, al viejo estilo esclavista del sur, en la descontextualización de cualquier debate en torno a las diferencias raciales. La discriminación que sufren *todos* los pobres no es un fenómeno nuevo, sí su magnitud.

Un excesivo foco cromático ilumina ciertas percepciones contemporáneas pero dificulta la comprensión de por qué el país más poderoso del planeta disimula las condiciones de vida del 30% de su población. El nuevo libro de Jacqueline Jones sigue la dirección de estas preocupaciones... tan lejos de Fukuyama como los barrios pobres lo están de la Casa Blanca. La pobreza negra y urbana sólo es una parte del fenómeno de los «desclasados». Aunque su complejidad es tributaria del extraordinario crecimiento de la ola inmigratoria proveniente de América Latina, Filipinas, Sudeste asiático y China, y de las transformaciones estructurales recientes de la economía estadounidense, también reconoce una historia: la crónica vulnerabilidad de comunidades enteras frente a fuerzas económicas marcadamente opresivas que siguieron operando después de la abolición.

En el comienzo de esta historia la autora es contundente: en el sur, inmediatamente de suprimida la esclavitud, tanto negros como blancos sin tierras quedaron expuestos en términos de movilidad y oportunidades de trabajo a los deseos de los grandes terratenientes. Idénticas condiciones padecían en las minas de carbón, en los aserraderos y en las industrias extractoras de fosfatos. Aislamiento, trabajo intensivo, estacional y de baja calificación, creaban una segura y maltratada mano de obra cautiva. El sistema de endeudamientos hacía el resto. El norte y el oeste por cierto, no les depararían mejor destino. El colapso de la industria pesada que absorbía gran parte de la fuerza de trabajo no calificada, hizo que la mayoría de los 9 millones de migrantes que entre 1910 y 1960 dejaron el sur (muchos más blancos que negros), se convirtieran rápidamente en desarraigados/desempleados. La

<sup>2</sup> Sobre este debate ver George Fredrickson. *The Black Image in the White Mind: The Debate on Afro-American Character and Destiny*, Harper and Row, 1971.

demanda incrementada durante la segunda guerra mundial cedió paso a la automatización de las industrias pesadas iniciada en la década del 50, erosionando las posibilidades de trabajo para los obreros no calificados, y en especial los de color. Aquí es posible leer la continuidad, como Jones afirma, entre el sistema de plantaciones del sur y «las duras, deshumanizadas, peligrosas y degradantes tareas a que eran sometidos los trabajadores migrantes», tanto hombres como mujeres, tanto blancos como negros. La dinámica de migración de ambos grupos fue similar. Los lazos familiares funcionaron como eslabones en una cadena de desplazamientos. Los lugares de destino coincidían. La extraordinaria demanda de trabajadores no calificados no discriminaba en demasía. Sólo la experiencia de la esclavitud los separaba<sup>3</sup>.

Sin duda, es difícil debatir las visiones apocalípticas sobre los centros urbanos. Intolerancia, drogadicción y marginación son algunas de las miserias con las que convive el «heroico» ciudadano postindustrial. Sin embargo, lo que es posible discutir es su monopolio. Para ser aún más preciso, hoy por hoy la mayoría de los pobres norteamericanos son blancos y viven bien lejos de las grandes ciudades.

Por generaciones, una gran proporción de pobres ha vivido en áreas de escaso o ningún acceso a avenidas de mejoramiento de sus condiciones de vida. Son los mercados locales y regionales los que producen patrones de estabilidad y movilidad, y estas fuerzas las que retienen o expulsan trabajadores. Ellos determinan los bolsones de pobreza. El lugar, afirma inteligentemente Jones, ha jugado un papel estratégico en la distribución de riquezas. La continuidad entre la plantación sureña y el gueto urbano del noroeste, más que una semejanza simbólica, refleja la repetición de condiciones de «posibilidad cero».

El sur rural constituyó una economía primaria de bajo nivel tecnológico, tanto en su agricultura como en sus industrias extractivas, y de bajos salarios. Un mercado «incomunicado» con los más dinámicos centros industriales del norte. Pero éstos, a su vez, favorecieron la incorporación de inmigrantes europeos a los pobres que tanto blancos como negros se decidieron por abandonar el viejo cinturón del algodón. Finalmente las depresiones de 1877,1893,1930, y la actual afectaron y afectan el ritmo económico tanto en la agricultura como en la industria, nivelando hacia abajo las condiciones de trabajo. La historia del Partido Populista, fundado en 1890, no sólo refleja las viejas penurias compartidas por los «desclasados» sino

---

<sup>3</sup> Jacqueline Jones: *Labor of Love, Labor of Sorrow. Black Women, Work and The Family from Slavery to the Present*, Basic Books, 1985.

también simboliza el mayor nivel de cooperación interracial alcanzado en Estados Unidos.

En su último capítulo Jones abona su «pesimismo» con cifras reveladoras. A finales del segundo milenio, en términos absolutos, la pobreza en EE.UU. no es patrimonio de la comunidad negra ni de los ciudadanos de las grandes urbes del noreste. Según los datos del censo de 1990, 21 millones de blancos pobres duplican en cantidad los casi 9 millones de negros que se encuentran debajo de la línea de pobreza. Del total de familias de bajos recursos beneficiadas por ayuda gubernamental, sólo el 39% constituyen familias negras. La mayoría de este contingente de «desclasados» vive en áreas rurales o pequeños pueblos. Considerando a las mujeres negras jefas de hogar, mientras que su proporción por debajo de la línea de pobreza escala al 64% en las áreas rurales, para las ciudades se encuentra por debajo del 50%. El sur, por otro lado, tiene el porcentaje más alto de niños pobres con el 26% del total de cero a seis años. De ellos, algo más del 55% vive en áreas rurales.

Estas estadísticas coinciden con otro de los fenómenos asociados a la comunidad negra y a la decadencia de las ciudades: la cultura de la violencia. Pero, ¿quiénes son los propietarios de las millones de armas en circulación (léase desde rifle, hasta las automáticas más sofisticadas)? Mientras que el 72% de los habitantes adultos de áreas rurales y semi-urbanas posee al menos una, en las grandes ciudades esta cifra cae al 30%. Por grupo racial, contra el 55% de la población blanca adulta armada, el porcentaje de la población negra propietaria de armas apenas supera el 31%.

La concentración en las grandes urbes, el desproporcionado número de gente «no blanca» pobre y el abandono que han sufrido las ciudades por parte de las administraciones republicanas, explican en parte esta obsesión americana por desprender la pobreza de sus raíces histórico sociales. Los «desclasados» de diferentes grupos y tiempos son la inevitable consecuencia del particular modo de crecimiento económico americano. Es cierto que las megalópolis están descuidadas, violentas, contaminadas y sórdidas. Pero también es cierto que no tienen la exclusividad de tales privilegios. Una vez más, la historia tiene la palabra.

### **Referencias**

\*Hacker, Andrew, TWO NATIONS: BLACK AND WHITE, SEPARATE, HOSTILE, UNEQUAL. - Scribner. 1992;

\*Fredrickson, George, THE BLACK IMAGE IN THE WHITE MIND: THE DEBATE ON AFRO-AMERICAN CHARACTER AND DESTINY. - Harper and Row. 1971;

\*Jones, Jacqueline, LABOR OF LOVE, LABOR OF SORROW. BLACK WOMEN, WORK AND THE FAMILY FROM SLAVERY TO THE PRESENT. - Basic Books. 1985;